

LA SANGRE Y LA ESPERANZA, por *Nicomedes Guzmán*. Editorial Orbe. Santiago, 1943.

He aquí una novela que ha satisfecho a críticos y cronistas literarios, y al público, este público que la mayoría de las veces es el que da el triunfo, y que se constituye como el juez más imparcial. Críticos y cronistas han elogiado «La Sangre y la Esperanza», pero siempre han quedado algunos descontentos por el lenguaje crudo y vulgar que usan algunos de los protagonistas. Según nuestras observaciones en la Biblioteca Nacional el público lee esta novela con avidez, y es «La Sangre y la Esperanza» lo que más se pide dentro de este género literario.

Conversando con algunos lectores asiduos, han declarado espontáneamente que gustan tanto del estilo, forma realista, espíritu de la obra, etc. Los círculos y corrillos de escritores celebran esta novela. El joven autor ha despertado la admiración. Nada tiene de extraño esto, puesto que es una obra acabada. Guzmán obtiene un éxito clamoroso. Bien ganado lo tiene, pues su esfuerzo y tenacidad han sido grandes. Para sobreponerse a un medio atrozmente humilde, su lucha ha debido ser dura. Menos mal que ha triunfado, y en plena juventud. Guzmán no era desconocido entre nosotros, ya había publicado otros libros, entre ellos una novela, «Los Hombres Oscuros», 1939, cuya tercera edición, se compra nuevamente a raíz del éxito de «La Sangre y la Esperanza». «Los Hombres Oscuros» es la novela del conventillo, del conventillo que bien puede encontrarse en este u otro barrio de la capital.

«Los Hombres Oscuros» siendo su primera novela, fué considerada como una de las más logradas pinturas de la vida y costumbres del pueblo. Hoy Guzmán continúa tomando el mismo ambiente, o sea la clase proletaria, a quien conoce bastante. Su experiencia ha sido explayada con la destreza de un no-

velista auténtico. Ha nacido Guzmán para ser novelista. Otros nacen para ser industriales o médicos. El hombre desde que nace trae en su pecho el comienzo de una veta áurea que ha de descubrir en la vida. Guzmán se ha descubierto, y es para nosotros sencillamente un novelista. Tropiezos para llegar a ser lo que es, muchos. Su hogar proletario no fué un obstáculo. Traía su don natural. Su estrella, que es por lo que ahora se distingue. ¿Qué luz maravillosa lo condujo al campo de las letras? ¿Cómo pudo lograr la maestría de un narrador desconcertante? Un libro de poesía. Después «Los Hombres Oscuros», su primera novela, no fué un ensayo, fué una novela bien compuesta, y valor temático, porque en ella encontramos ambiente y personajes, logrados, definidos. Esto en plena juventud, en una juventud verdadera. Ahora, estando su infancia tan cercana, fácil se le ha hecho recordar su barrio, el barrio de sus juegos, el barrio que por mísero se guarda en la memoria. Al describirlo, sin ilanto ni alegría, sin exageraciones, lo ha hecho con apasionamiento, con ese apasionamiento del que nada quiere olvidar, del que escribe sumido en la llama del sentimiento.

Hay motivos en «La Sangre y la Esperanza», vividos, adivinados, sufridos, vislumbrados, etc. Es la niñez recordada por un joven-hombre herido por el ambiente, y es la novela de un escritor de primer orden. Aquí está el arrabal con todas sus bajezas y sentimientos nobles. En el corazón humano existe de todo. Actos que sublevan y desconciertan. Actos que responden a un ambiente abandonado en la pobreza. El barrio por sí solo es un gran corazón, un corazón en que palpita la vida en enjambre, con toda su podredumbre y grandeza humana. Guzmán ha hecho la novela del barrio Mapocho. Se ha valido de su conocimiento y de sus dones de escritor. La expresión realista con que se describe, es sin rebuscamiento, hay naturalidad. Siendo un buen observador, y teniendo destreza literaria, los cuadros han salido vivos, humanos, naturales, como un reflejo de la vida. Hay páginas objetivas, de introspección, de fino aná-

lisis. Pero sobre todo «Hablo de cosas que existen, Dios me libre de inventar cosas», nos dice el epígrafe colocado en la novela, y de que es autor Pablo Neruda. Habla de cosas que existen. Un niño viviendo una época en que el tiempo era eterno juego, para burlar la vida, que de miserable se hacía heroica, Luego la escuela. Contacto con la vida, sucia experiencia.

El barrio Mapocho va descubriéndose con todo su ajetreo proletario. Algunos conventillos abren sus puertas, y la noche nos espanta. Pobreza, brutalidad, estridencia de los sentidos, repulsión, dramática atmósfera que hunde, fría sombra que amarga. Un muchacho destrozado. Un hombre convertido en bestia por el alcohol. Una muchacha muerta. Alguien envolvió en hojas de diario el cadáver de la chica, mientras venía el carro de la Morgue. La guagua berreaba sin descanso. Los peldaños chillaban bajo el paso de las mujeres que se encaminaban a sus cuartos. Y los chiquillos nos quedamos abajo para espantar los perros, que se obstinaban en lamer los coágulos de sangre esparcidos por el suelo». Esta es la frialdad descriptiva de Guzmán. Motivos como estos abundan en la obra. La vida del barrio Mapocho, llena de miseria, aparece con dramática brutalidad. Es un ambiente que de conocerlo ensombrece. Guzmán lo ha descrito sin repugnancia. Los críticos han dicho que el lenguaje de algunos personajes es crudo, desagradable, pero esta crudeza no es culpa del autor que trata de dar la sensación de ambiente. El lugar que se describe, los hombres, las mujeres, acciones y reacciones corresponden al escenario, al hecho humano, a la vida observada. La obra en este caso es como un espejo que devuelve el rostro de quien se mira. Por lo demás, otras novelas que pintan la vida del conventillo también les ha llamado la atención a los críticos el lenguaje fuerte de algunos diálogos. ¿Qué hacerle si así hablan, y se comportan? No se podría dar la fiel sensación de ambiente si no se usaran algunas palabras que responden a ciertos estados anímicos, interjecciones, por ejemplo. Otros autores chilenos

que han novelado el conventillo también poseen un vocabulario crudo. En la novela de Guzmán no hay exageraciones, en este sentido. La vida del barrio Mapocho aparece sin capricho. Ha captado el alma de algunos personajes, y ha logrado en sus páginas el movimiento desacompañado del mundillo callejero. Se ha realizado en «La Sangre y la Esperanza» una magnífica novela, singular. Entra el autor en el reducido número de los novelistas selectos.

Santiago, nuestra capital, va teniendo su novela. Pero ningún autor ha encerrado en una obra la vida social, costumbre o ambiente total de la ciudad. Se han hecho novelas de diferentes barrios. Cada uno ha presentado diferentes aspectos. Es verdad que la vida ciudadana de cada barrio tiene escenarios tan propios que no se acomodarían tal vez para ir juntos. Salvo que la mano del escritor dispusiera de una maestría intachable, y un conocimiento difícil de alcanzar. Pues bien. Recordaremos por ahora algunos escritores chilenos que han escogido barrios santiaguinos para el escenario de sus personajes. Joaquín Edwards Bello en «El Roto», nos dió el barrio de la Estación Central, Alberto Romero en «La viuda del conventillo», el barrio de la Vega y Pila del Ganso. Juan Godoy en «Angurrientos», el lugar donde se deja el «Cemesterio Católico, y se sigue el callejón de Recoleta abajo. Carlos Sepúlveda Leyton en «Hijuna», el barrio Matadero; otros autores han tomado la vida de una calle en cuentos, o novelas cortas: Armando Rojas Castro, Daniel de la Vega, por ejemplo; o un conventillo, como Rafael Maluenda, González Vera, Eugenio González, Manuel Rojas, etc.

Nicomédes Guzmán agrega con su novela «La Sangre y la Esperanza» un documento más para el conocimiento de la vida de la capital, de la vida proletaria que se arruina en su miseria. Esta obra tiene el mérito de ser una novela bien escrita, magníficamente lograda, tanto por los personajes que se mueven sin dificultad, y se recuerdan como seres vivos, como por

los diálogos llevados con naturalidad y animación. La lectura de esta obra es amena, interesa la vida humana y el estilo moderno, en que la imagen y la metáfora, alegran por su belleza. Nicomedes Guzmán con «Los Hombres Oscuros» y «La Sangre y la Esperanza» quedará formando parte del grupo más selecto de novelistas chilenos.—FRANCISCO SANTANA.—



«EL AIRE UNÁNIME» Y «OCÉANO», poemas por *Cipriano Santiago Vitureira*. Ediciones A. I. A. P. E. Montevideo

Desde su residencia montevideana de Egido 891, erigida en ágil bastión o minarete lírico, nos envía Cipriano Santiago Vitureira, la segunda edición de «El Aire Unánime» y, a su vez, la segunda parte de este libro, intitulada «Océano» y que acaba de ser publicada.

«El Aire Unánime», (su primera jornada), consta de diez poemas capitales, escritos en metro libre, y poseedores de un ritmo y elasticidad maestros:

«Alguien, un pez, un aire,
un gas, una distancia,
ha de beber en ti como tú bebes
en los vinos añejos.
ha de llorar en ti como tú lloras
por días más o menos,
ha de vivir tu sueño como vives
el cielo de la tierra que no es tuyo...

Semilla, brizna, cal,
luciérnaga, temblor...
En el pavor de la serenidad,
en el abrazo lento con que los mundos todos